

POLÍTICA GLOBAL

FEBRERO 2021

UNIÓN EUROPEA y RUSIA (algunos antecedentes de una relación compleja e ineludible)

por *Oswaldo Puccio*

Es difícil imaginarse en el cuadro internacional dos espacios geográficos que se encuentren más interrelacionados, imbricados y se interdeterminen tanto el uno al otro como lo que sucede entre Rusia y las naciones que son el núcleo que conforma la Unión Europea y al mismo tiempo que posean historias y desarrollos culturales de impronta tan diferente, la primera condición las une de modo ineludible y la segunda otorga al desarrollo común y la relación entre ambos una inercia divergente constante y recurrente.

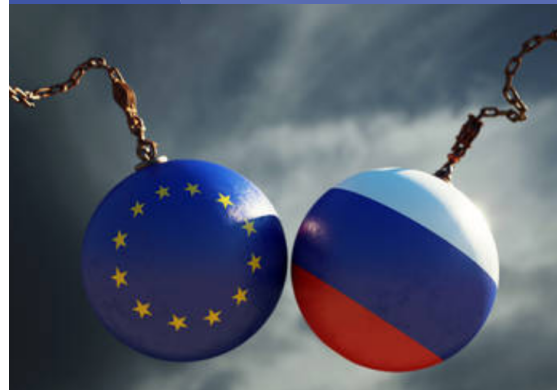
Una y otra vez se hace presente en la relación esta compleja dialéctica que tiene manifestaciones de acercamiento y cooperación tan relevantes como la alianza de la Unión Soviética con las democracias occidentales durante la Segunda Guerra Mundial o enfrentamientos, los más, que como las guerras napoleónicas definen la era moderna o el escenario geopolítico global del siglo XX como en la Guerra Fría.

Tras cada conflicto -y el que está actualmente en curso entre los actores que nos preocupan- lo que surge como cuestión básica subyacente es la "europeidad" rusa, no solo desde la condición otorgada por las potencias del centro y el oeste del continente, sino la autocomprensión de esa condición por la cultura rusa propiamente por un lado y la comprensión por parte de los occidentales de la distinta naturaleza de una cultura que sintió en el siglo V a la caída de Constantinopla que era quien quedaba con la herencia, pero también el testigo del Imperio Romano de Oriente.

EL AUTOR



OSVALDO PUCCIO
 PHD EN FILOSOFÍA
 UNIVERSIDAD DE HUMBOLDT DE
 BERLÍN





Claramente un recorrido, aunque sea superficial, por la literatura y el pensamiento de ambos espacios culturales nos llevan a concluir una notable asimetría en la manera de ver la relación, la pertenencia, el conflicto, en suma la polisémica dialéctica de convergencia y divergencia que da sello a la coexistencia entre ambos. De una u otra manera la monumental literatura rusa está referida en su subtexto en modo determinante a la relación de ambas cosmovisiones, Tolstoi es ello como también Dostoievski que este año cumple 200 de su nacimiento y que vale la pena releer para encontrar y situar a Piotr Miúsov, el epítome del occidentalismo en el imaginario ruso de la época (afrancesado y liberal), frente a su pariente el muy eslavo Alexei Karamázov. Es probablemente imposible entender la relación- incluida desde luego la actual- si no se profundiza, y valga la obviedad, en las claves culturales de ambos: la Europa Occidental y Rusia. Con certeza en Rusia hay históricamente una reflexión más constante, profunda y de mayor búsqueda sobre el otro que la que hay en la Europa católica y protestante que inició mucho más temprano su camino hacia la secularización ilustrada. Ello redundo en dos conductas encontradas, si en los unos aparece como manifestación más evidente una cierta arrogancia con sesgos paternalistas (Dostoievski lo señaló como una actitud basada en el miedo y la ignorancia) en los otros, ya Herder lo manifestaba en esa forma, como la visión de “una tierra de bárbaros”.

La influencia y potencia de la Iglesia Ortodoxa Rusa profundamente conservadora que sustentó casi sin fisuras un régimen de propiedad de la tierra y servidumbre de los campesinos fue el dique inexpugnable que impidió arribara a su territorio cualquier forma de ruptura renacentista y ya ni hablar

“Josep Borrel el actual Alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad afirmó hace poco tiempo que la Unión Europea debía aprender a hablar con “el lenguaje del poder” a lo que tiempo después Serguei Lavrov el Ministro de Exteriores ruso respondió en el curso de la crisis actual con el latinazgo “si vis pacem, para bellum”.



de espíritu ilustrado, ello no quiere decir -los fenómenos son siempre más complejos y contradictorios- que estos procesos no hayan tenido influencia y sujetos en Rusia, pero estos últimos, la mayor de las veces con un brillo tan singular como fascinante, acabaron ya en el exilio exterior ya en el interno. Desde Lomonossow a Chagal podría llamarse el tránsito de esas personalidades del amplio espectro de la vida intelectual que hicieron ese camino. En rigor es posible afirmar que la cultura y el poder en Rusia nunca vivió lo que en Europa occidental se llamó "Ilustración", quizá podríamos aventurar que hubo dos atisbos o esperanzas de inicio de un proceso de esa naturaleza, ambos tan frustrada como tardíamente en el siglo XX, el proceso que abrió la revolución de Febrero el 1917 y lo que en los 80 dió en llamarse "perestroika". Ambos concluyeron de manera parecida con reversiones autoritarias que entroncan en el modo y la manera de ejercicio del poder en Rusia.

Suele hablarse de "las dos almas" en Rusia, aquella que ve en "lo eslavo" una particularidad y virtud singular ligado a una fuerte identidad que es menester relevar y reafirmar así como a la tradición y a la fe -no deja de ser expresivo que al inicio de la afirmación del poder de fuerte impronta autoritaria de Putin, éste haya hecho una ostentosa manifestación de conversión religiosa en la Catedral de San Basilio (Moscú bien vale una misa)-. En rigor en este cuadro es posible afirmar que durante el periodo soviético la Iglesia Ortodoxa fue, sin solución de continuidad, reemplazada por el Partido Comunista que devino en guardián y director ideológico del poder secular tal como lo había hecho su predecesora. La otra alma, la "paneuropea", siempre "recesiva" tuvo su espacio con Pedro El Grande y también en la revolución de Octubre, Lenin y Trotsky representaron eso, pero finalmente triunfó Stalin que era la encarnación del eslavismo y su tradición autoritaria y parroquial, que no niega, en todo caso, su gesto imperial. Fue Moscú triunfando sobre Petersburgo.

La construcción europea en cambio fue resultado de un proceso y una historia que entronca en la

ilustración, en la búsqueda de encontrar formas y caminos de consolidar la paz a través de caminos convergentes de estados nacionales que se mostraron insuficientes y no pocas veces impotentes para enfrentar problemas comunes.

Los estados nacionales que comenzaron su formación regulada tras el Tratado de Westfalia en 1648, vale la pena mencionar que el Imperio Ruso no fue invitado a ser parte de este tratado, se convirtieron en el modo y manera de desarrollo de las naciones y sus visiones, conflictos e intereses, el contenido de su accionar con relación a sí mismos y desde luego con los otros. Es sabido que el proceso de integración europea fue la respuesta de los países principales luego de la segunda guerra para enfrentar los desafíos de la reconstrucción, pero fue al mismo tiempo una manera de hacer frente al bloque que liderado por la victoriosa y dañada Unión Soviética comenzaba su propio proceso de reconstrucción al este del Elba. Eran alianzas enfrentadas y separadas de vencedores y vencidos de la segunda guerra donde salían, luego alguno de ellos de derrotar juntos al nazifascismo, los espacios que darían la marca y el espacio principal de lo que daría en llamarse la Guerra Fría que en el caso de algunos países del occidente europeo los cruzaría internamente.

La derrota en la Guerra Fría de la Unión Soviética y sus aliados dió un impulso singular al proceso de integración europea que había comenzado en



principio de los cincuenta. Se consolidó como Unión en el tratado de 1993, dos años después del fin formal de la URSS. Rusia vió la formación de la UE desde su estado de máxima debilidad en su autoestima (imperial) y al mismo tiempo en su capacidad de ejercer su enorme poder físico, es la segunda potencia militar en el mundo y la segunda en poder nuclear. El bombardeo a Belgrado por los EEUU con participación de la OTAN entre marzo y junio del 99, fue la ostentación por occidente de la impotencia rusa en esos días. En ese sentido, la relación entre ambas partes de Europa está preñada -además de los antecedentes históricos y culturales o probablemente sustentado en ellos, de resquemores, desconfianzas y temores.

Rusia y la Unión Europea comparten no solo una enorme interdependencia económica, el 70% de las exportaciones energéticas rusas van a la Unión Europea lo que hace para ésta el 30% del petróleo y más del 40% del gas que importa, sin mencionar grandes cifras en casi todas las otras áreas sino 2200 kilómetros de frontera más el enclave de Kaliningrado entre Polonia y Lituania. Los temas de cooperación, encuentro, roce o distancia pasan por casi todos los temas relevantes del quehacer global donde las crecientes amenazas a la seguridad colectiva, que es vista con frecuencia desde ópticas distintas cuando no encontradas, hacen de la relación un desafío complejo.

Josep Borrel el actual Alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad afirmó hace poco tiempo que la Unión Europea debía aprender a hablar con “el lenguaje del poder” a lo que tiempo después Serguei Lavrov el Ministro de Exteriores ruso respondió en el curso de la crisis actual con el latinazgo “si vis pacem, para bellum”. Más allá de la brusquedad de la retórica y nada indica que se trate de algo distinto a solo retórica, ella expresa dos concepciones difíciles de compatibilizar, pero que los liderazgos de ambos lados para su propio interés no tienen otra alternativa que hacerlo.

Rusia entiende la expresión del poder como “hard power” y considera que los sujetos de su ejercicio son los Estados Nacionales y por tanto la Unión no le parece un interlocutor al menos adecuado y procurará de seguro mantener relaciones prioritariamente bilaterales con cada uno de los 27 países miembros de la Unión,, especialmente con aquellos más relevantes como Alemania, Francia, Italia. La Unión Europea por su parte procurará reafirmar y consolidar su identidad como sujeto singular del escenario internacional que ejerce “soft power” desde su condición de “konstrukt” supranacional y enfrentar desde ese lugar los desafíos que presenta su ineludible e importante vecino del este y ser un jugador relevante en el resto del concierto global.

A estos y actuales desafíos de esta relación nos abocaremos en el siguiente artículo.

